són, era pequeño, pues que la Escritura lo llama: *cachorro de león*.

Cuando se dice que Sansón con solo una quijada de asno, mató á mil filisteos, no debemos entender que él solo realizó esta proeza, pues era juez de Israel, y con él, ciertamente vinieron muchos israelitas que le ayudaron á ejecutar esta represalia, y si en la Escritura se dice que Sansón fué el autor de esta matanza, es porque el escritor sagrado, lo mismo que los profanos, atribuye solo al capitán la victoria obtenida en unión de sus soldados.

Es falso que la Escritura haga depender las fuerzas de Sansón de la longitud de su cabellera. La longitud de los cabellos de Safisón, era ciertamente una condición *sine qua non*, le concedía este don extraordiñario, porque era Nazareno y en fuerza de este voto, no debía jamás cortarse la cabellera. A este voto iba inherente la admirable fortaleza de Sansón, como él mismo lo dijo á Dalila: *Jamás han sido cortados mis cabellos* porque desde mi nacimiento he sido consagrado á Dios, es decir, *nazareno desde el vientre de mi madre*. En consecuencia, el cortarse los cabellos, no traía necesariamente consigo la pérdida de las fuerzas, sino en cuanto era la violación de un voto hecho al Señor; por eso dijo: *Si fuese tonsurada mi cabeza, se alejará de mi el vigor y seré semejante á los demás hombres*.

Ni debemos admirarnos de que Sansón haya sido objeto de este especial favor divino: porque esta fortaleza debe contarse entre las gracias *gratis datas* que no dirijiéndose á santificar al pecador ó sea á la utilidad de aquel á quien se conceden, sino en beneficio de los demás, bien pueden ser concedido á los pecadores. Balaam infiel y Caifás impío y deicida profetizaron, y Júdas Iscariote fué uno de los enviados por Jesucristo á preparar su visita á diversos pueblos con potestad de arrojar á los demonios y curar las enfermedades.

Y todo esto lo decimos sin conceder desde luego que Sansón fuera indigno de estos favores, dejando esta cuestión en su punto, pues no queremos hablar del carácter moral de Sansón.

CAPITULO XXIII.

LOS LIBROS DE SAMUEL.

Nuestra Vulgata latina á ejemplo de la Biblia Hebrea, llama libros de Samuel á los que en el canon tridentino se designan con el nombre de primero y segundo de los Reyes.

En ellos ocupan el lugar prominente Samuel y David. El primero fué un Juez de Israel, destinado por Dios para ser el precursor de la monarquía hebrea y el fundador

de esa escuela de hombres enviados por el Señor, que aparecerán sin interrupción hasta la cautividad de Babilonia, para servir de freno al poder de los reyes y conservar la teocracia en su gobierno. El segundo fué el progenitor del Mesías, cuyo nombre quiso llevar como distintivo y señal de su misión.

En estos libros meramente históricos, la falsa ciencia no ha encontrado, como en el Pentateuco, objeciones deducidas, según ella dice, de sus principios ciertos, y todo lo que opone á la veracidad de esta parte de la Escritura, es la mayor ó menor inverosimilitud de alguna de sus narraciones. Nos ocuparemos aunque brevemente de estas cuestiones tratando de probar, que no solo no se oponen á las conclusiones de la ciencia, sino que ni siquiera traspasan los límites de la verosimilitud. Los hechos de que vamos á ocuparnos, son los siguientes: 1.°, La cautividad del arca. 2.° La cabellera de Absalón. 3.° La corona de Melcóm. 4.° Los ejércitos de la Palestina.

I. La cautividad del arca.

Mientras que Sansón, en la región meridional de la Palestina, debilitaba con sus victorias individuales, el poder de los Filisteos, Helí en Silo, donde se hallaba el arca del Señor, juzgaba á Israel. Este, juez en toda la extensión de la palabra, no era como los demás, elegido para salvar á su pueblo de esta ó aquella invasión, sino que además de presidir á la milicia primero por sí y luego por sus hijos, como sumo sacerdote que era, regía los destinos del pueblo y arreglaba sus diferencias.

En una de las batallas que libró á los Filisteos, permitió á sus hijos llevar consigo el arca de la alianza para captarse la protección del Señor. Pero irritado justamente Dios, por las exacciones y liviandades de Ophni y Phinees, permitió que Israel fuese derrotado y el arca cayó en poder de los filisteos. No nos detendremos en referir todos los pormenores de esta narración; bástenos recordar, que esa victoria no fué tanto la de una nación contra otra nación, cuanto la de un Dios, contra otro Dios. Por eso tomaron el arca y como un trofeo de la victoria obtenida por Dagón sobre Jeovah la colocaron ante su ara.

Pero pronto iba á verse que si el arca cayó en poder de los adoradores de Dagón, fué solo un castigo de que se valió el Dios de Israel para refrenar á su pueblo y hacer ostentación de su Omnipotencia. Por una parte la estatua del dios-pez fué por mano invisible derribada y despedazada, y por otra, los campos se vieron infestados de ratones muy nocivos á las mieses, y los hombres tuvieron que sufrir la incómoda y dolorosa plaga de las hemorroides, como explican algunos intérpretes, ó de los bubones, inflamación ca-

racterística de la parte de Levante. Entonces comprendieron los filisteos, que era preciso devolver el arca para que cesase la plaga, lo cual hicieron poniéndola en una *araba* ó carro tirado por dos bueyes, y acompañándola de valiosos dones. Al entrar á la tierra de Israel, fué cuando el desacato de los bethsamitas costó la vida á muchos de ellos. Dos son las cosas increíbles en esta narración para los racionalistas. La plaga de los ratones en los campos les parece cosa inaudita en las observaciones de la Historia Natural, y la muerte de cincuenta mil bethsamitas parece imposible entre otras cosas, porque el campo que llevaba ese nombre no podía contener tanta población.

La primera dificultad pone de manifiesto, si no la ignorancia, por lo menos la mala fe de nuestros adversarios. En efecto, el ratón del campo de corta cola, como lo llaman los naturalistas, es muy común en toda el Asia occidental. Se propaga con admirable rapidez á pesar de todos los enemigos empeñados en destruirlo: el buho le hace guerra muy encarnizada durante la noche, el milano y otras aves de presa lo persigen de día: de lo alto de las nubes suelen arrojarse sobre él y en un abrir y cerrar de ojos, se lo arrebatan á su nido, mientras que otras musarañas van á buscarlo hasta lo más recóndito de sus agujeros. Sin embargo, su número apenas disminuye. Lo veréis en todos los terrenos

cultivados, corriendo á través de los campos, arrancando grano á fin de almacenarlo para el invierno, exhalando de cuando en cuando un débil grito de alegría, sentándose sobre sus patas traseras para ver mejor y sepultándose luego en su agujero. Este animal puede multiplicarse de tal modo en breve tiempo, que puede devorar por completo una cosecha, por lo que es considerado como una plaga.

"Un amigo digno de toda fe, dice M. Van Lennep, me ha referido que hallándose hácia el año de 1863, en las posesiones de uno de sus amigos en el Asia Menor, vió los destrozos causados por una multitud incalculable de ratones que cubrían el suelo cual si fueran miriadas de langostas. Campos enteros de cebada y de trigo desaparecieron en un corto espacio de tiempo, y las viñas y moreras fueron roídas cerca del nacimiento de la raíz y así ó vinieron por tierra, ó por lo menos se secaron. Toda la cosecha anual de una región que mide seiscientas hectáreas y que prometía ser en extremo abundante, se perdió por completo. De esta especie fueron probablemente los ratones que desolaron el país de los Filisteos." (1)

Belón observa que los ratones son numerosísimos en la Palestina, cerca del Mediterrá-

---

(1) Van Lennep. Bible Lauds, tom. I, pág. 285.

neo. "Estando entre la ciudad de Gaza, que es la primera que hallamos en el país de Egipto, y Belba, encontramos varias campiñas sembradas en donde hay tal cantidad de ratones, que si no fuera porque la naturaleza envía muchas de esas aves que Aristóteles llama perenopten y los franceses buhos, para destruirlos, creo que los habitantes de esas regiones no sembrarían un solo grano que no fuera devorado sin darle ni siquiera tiempo de nacer." [1]

Bochart se aventura á decir que el nombre hebreo del ratón *abkar* es una contracción de *abalkaz* y significa desvastador de los campos (2). Lo mismo opina Rosenmüller (3).

El Dr. Keil, con la mayor parte de los apologistas modernos de la Escritura, explican de un modo bastante satisfactorio la muerte de los bethsamitas. "En la cifra de cincuenta mil y setenta que leemos en la Vulgata, nos admiramos de ver el número de setenta colocado antes de los cincuenta mil, muy al contrario de lo que se acostumbraba; pero no lo es menos que la conjunción *vau*, *y*, falte en hebreo, lo cual es inaudito. Si se considera, además, que no podía haber en Bethsames ni en sus alrededores una población de cincuenta mil habitantes, y que aquí no se

(1) Belon, Observations, libro II, cap. 78.
(2) Bochart. Hierozoicon, 1794, tom. II, pág. 729.
(3) Biblische Naturgeschitche, II, 224.

trata de una asamblea extraordinaria de pueblo, si se observa en fin que las palabras: *hamisini elef is* (50,000 hombres), faltan en muchos manuscritos hebreos, y que Josefo, en la narración de este suceso (1), no habla sino de setenta muertos, tenemos derecho de no mirar la cifra de cincuenta mil como original, y se puede suponer que ha sido introducida en el texto por una distracción del copista, la que debió ser muy antigua, pues que se encuentra en los Sesenta y en la paráfrasis Caldea (2).

Otros prefieren decir que en el texto hebreo falta la partícula *ex*, pues que tal como se halla este pasaje no tiene sentido alguno. *Hirió de los hombres de Bethsames, porque vieron el arca del Señor, setenta hombres, cincuenta mil del pueblo.*

II. La corona del rey de los Amonitas

David, en la guerra que declaró á los Amonitas, sitió á la ciudad de Rabat, y habiéndose apoderado de ella, *tomó de la cabeza de su rey la diadema qne pesaba un talento y que tenia piedras preciosísimas y la puso en su cabeza* (3).

Pero, ¿es creíble, dicen los adversarios, que tanto el rey David como el de los Amo-

(1) Antigüedades, VI, 4.
(2) Die Bücher Samuels, tom. II, 507.
(3) II. Reg. XII, 30.

nitas pudieran sostener en la cabeza un peso de 112 libras?

Según algunos intérpretes, siguiendo á Cornelio Alapide, dicen que ni el rey de los Amonitas, ni David, la llevaron en la cabeza. Leyendo en el lugar correlativo á éste del libro de los Paralipómenos: [1] *Tomó David la corona de Melchom que tenia en su cabeza*, pretenden que la voz *melech* no se debe tomar apelativamente para designar la dignidad real, sino substantivamente para designar un nombre propio, y que indica el dios ó ídolo de los Amonitas. Además, de ese mismo lugar consta que David no puso en su cabeza la corona tal como la quitó al ídolo; sino que de ella tomó la cantidad de oro y las piedras que necesitó para hacer su diadema, pues leemos en el citado libro de los Paralipomenos: *Encontró en ella* [la corona] *el peso de un talento y joyas preciosísimas y de ellas se hizo una diadema.*

Si á álguien no parece bastante obvia esta explicación, puede abrazar la de Tirino, el Abulense, Sanctio y otros que opinan no ser esta corona destinada á ponerse materialmente en la cabeza de los reyes; sino en el trono ó conopeo reai, en su parte superior, para manifestar la dignidad regia, como solían hacerlo los antiguos.

---

(1) Par. XX. 2.

III. La cabellera de Absalon.

Hé aquí otra nueva fábula, dicen los enemigos de la revelación. El libro segundo de los reyes refiere, que cuando Absalón *cortaba su cabellera, y lo hacía una vez al año porque mucho le molestaba, solía pesar doscientos siclos de peso aceptado públicamente.* Más frbuloso les parece lo que pasados algunos capítulos volvemos á leer de los cabellos de Absalón, esto es, que huyendo este hijo ingrato y rebelde, en la precipitación de su fuga quedó colgado de un arbol, suponiendo que la cabellera de Absalón pudo sostenerlo, no obstante el peso de su cuerpo y de sus armas.

De dos modos suelen explicar este hecho los exégetas escripturarios. Juan Pelletier y Calmet, dicen que hay una grande diferencia entre el talento hebreo y el talento babilónico. Este era de peso notablemente menor que el primero; por lo que los cabellos de Absalón no pesaban 112 libras, sino sólo 31, lo que no es imposible, pues, que hay mujeres que llevan un peso mayor que éste, tanto más que este peso, no era relativo á los cabellos ya cortados, sino al total de la cabellera.

Si se pregunta por qué razón un autor hebreo hace uso de una medida babilónica, responden, que si este libro fué escrito después de la cautividad de Babilonia, el hecho

tiene fácil explicación, pues que los hebreos desde entonces usaron los pesos y medidas babilónicas, y si, como es más verosímil, nuestro libro es más antiguo que la cautividad, Esdras, al cambiar los caracteres y sustituir los nombres anticuados, en vez de poner las medidas hebreas que estaban en desuso, empleó las babilónicas como más usuales y conocidas.

Otro modo de explicar este hecho observan Tirino y Sanctio al opinar que los doscientos siclos no eran el peso, sino el precio de los cabellos de Absalón, pues ya desde entonces estuvo en uso ponerse cabellera postiza los que no la tenían propia ó que querían aparecer más hermosos. Particularmente los cabellos rubios ó color de oro parecen haber sido los más estimados, pues Flavio Josefo refiere que los jóvenes compañeros ó pages, como ahora se diría, se ponían polvo de oro en la cabeza para emular al mismo sol. Quizás de este color eran los cabellos de Absalón y por eso eran tan estimados, y no quiere decir esto que un príncipe los vendiera, sino que ese era su precio ó que en eso eran vendidos por los criados ó amigos del mismo.

En fin, si á álguien le parece fabuloso y absurdo que Absalón quedase por los cabellos pediente de una encina, no debe echar esto en cara á la Escritura, sino á los pintores á quienes todo es lícito, como dice Horacio. La Escritura dice: *Sucedió que Absalón huyendo caballero sobre un mulo de los ejércitos de David pasó debajo de una encina y su cabeza quedó adherida á la encina y quedando suspendido entre el cielo y la tierra, el mulo pasó de largo* (1). Así pues, aunque la cabellera de Absalón se hubiera enredado en el arbol, no se ha de decir que sólo de ella quedó pendiente, sino que al pasar por la encina, con la velocidad de la carrera, su cabeza se introdujo en alguna bifurcación de las ramas, de donde no pudo desprenderse.

IV. Los ejercitos de la Palestina.

En varios lugares de los libros de Samuel y de los Reyes, se habla de ejércitos demasiado numerosos para el pequeño territorio denominado Palestina. En el libro I se dice que Saul, *contó á sus soldados en Bezec, y había allí de los hijos Israël trescientos mil* (2). David hizo también un censo y *halló de Israel ochenta mil varones fuertes que podían desenvainar la espada, y de Judá quinientos mil guerreros* [3]. Lo mismo se refiere después de los ejércitos de Asa y de Josafat.

A nadie, empero, debe admirar número tan crecido de soldados en un país tan exiguo, si advierte que en la antigüedad, cuando urgía la necesidad de la guerra, todos los

(1) II. Reg. XVIII, 9.
(2) I. Reg. XI. 8.
(3) II. Reg. XXIV, 9.

varones, capaces de llevar las armas, se alistaban en la milicia. No había soldados acuartelados y á quienes el Estado alimentaba y vestía, sino que á la voz de alarma dada por el juez ó rey de Israel dejaban el arado los agricultores y tomaban las armas, volviendo á las faenas del campo una vez terminada la campaña.

Además, el pueblo de Israel era numerosísimo. Desde el tiempo de la cautividad de Egipto se multiplicaba de tal modo, que infundió grave temor en el ánimo de Faraón por lo que trató de dar muerte á todos los niños hebreos. Número más exagerado de guerreros hallaremos ciertamente en algunos autores profanos. Así Pompinio Mela, refiere que de la ciudad de Tebas, en el Egipto, que tenía cien puertas, salió un millón completo de soldados, diez mil por cada puerta (1).

Más increible aún parece á los racionalistas, que de todo este numerosísimo ejército sólo Saul y Jonatás tenían espada ó lanza, y sin embargo, el autor sagrado dice que obtuvieron completa victoria, armados sólo de rejas de arado, de hachas y azadones. La causa de la admiración de nuestros adversarios es que á todo trance quieren que las personas, cosas y hechos de la antigüedad fueran exactamente iguales á los de nuestra

(1) Pom. Mela, lib. 1, cap. 9.

época. En los ejércitos antiguos había batallones enteros que sólo peleaban con flechas ú hondas. Particularmente entre los hebreos había muchos que desdeñaban la espada y la lanza; porque superaban fácilmente á sus enemigos en el manejo de la honda. De estos eran los Gabiatas; de quienes se lee en el libro de los Jueces (1): *Había setenta varones fortísimos que lo mismo peleaban con la mano derecha que con la izquierda, y con tal certeza arrojaban una piedra con la honda que atinaban á herir un cabello.*

No se admirará de que un ejército con tal equipo haya obtenido una victoria, quien sepa que 800 años después, en el ejército de Darío Codomano, un pueblo innumerable sólo peleó con hondas y palos endurecidos al fuego.

Pudiéramos ciertamente evitar esta digresión advirtiendo que la Escritura no dice que el ejército entero de Saul carecería de lanzas y espadas, sino sólo aquellos seiscientos hombres que acompañaban al rey, y nada dice del resto del ejército. Tampoco hemos de extrañar que el ejército hebreo estuviese en tanta escasez de armas y armeros, que tuvieran que recurrir á los Filisteos para proporcionárselas; porque los hebreos estaban exclusivamente dedicados á la agricultura, sin que nadie cultivase industria algu-

(1) Jud. XX, 16.